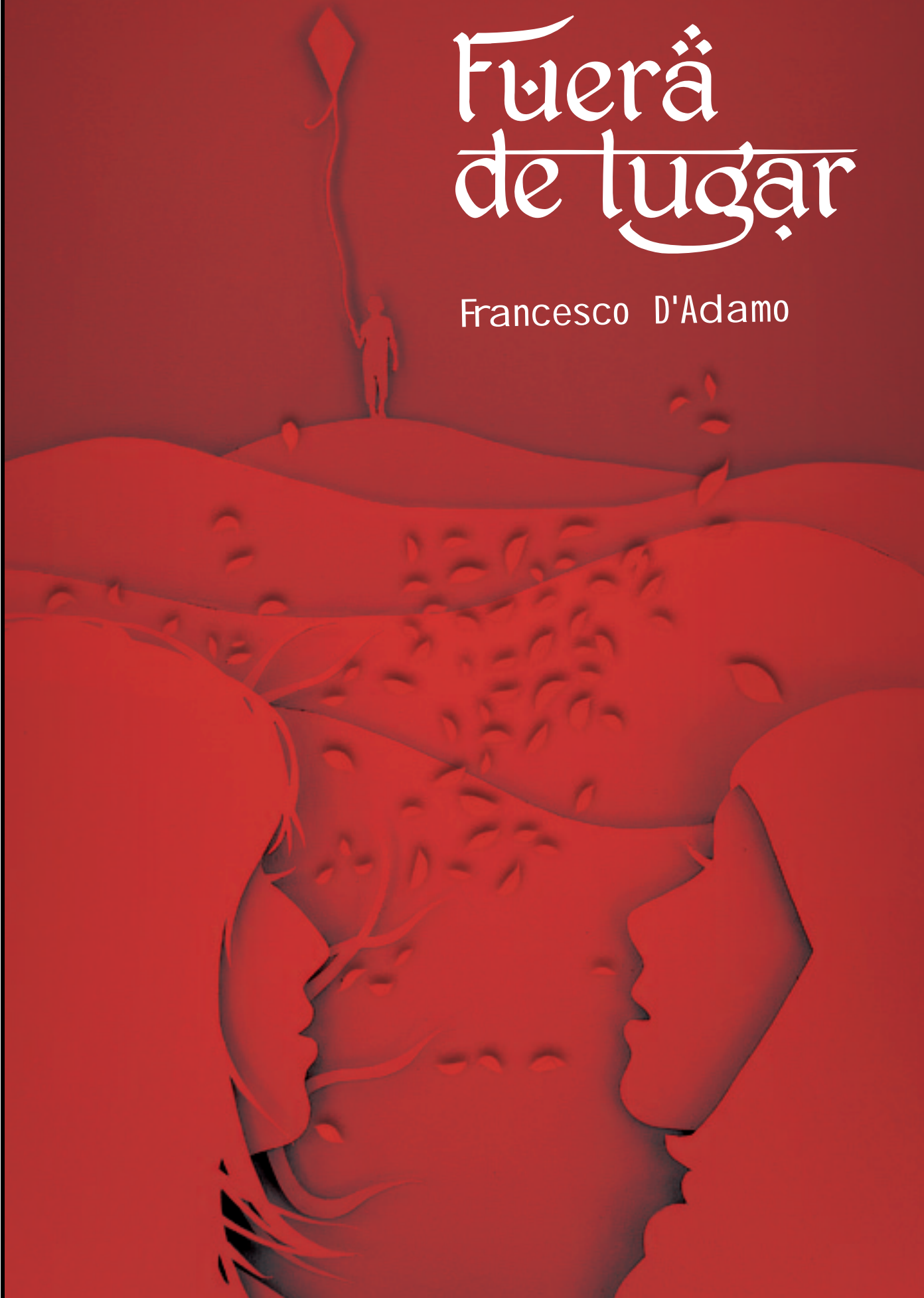


Fuera de lugar

Francesco D'Adamo



FUERA DE LUGAR
LA ESPERANZA DESPUÉS DE IQBAL

FRANCESCO D'ADAMO

Traducción de Marta Cabanillas



Primera edición: septiembre de 2016

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Carolina Pérez
Coordinación gráfica: Lara Peces
Cubierta: Marta Mesa

Título original: *Dalla parte sbagliata*
Traducción del italiano: Marta Cabanillas

© del texto: Francesco D'Adamo, 2016
© Giunti Editore S.p.A., 2016, Florencia-Milán
www.giunti.it
© Ediciones SM, 2016
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE
Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-9044-9
Depósito legal: M-22868-2016
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Milán, Italia

16 de abril de 2005

María, mi queridísima amiga y hermana:

Esta mañana me ha despertado el repiqueteo de la lluvia contra las piedras del patio y los golpes de una de las contraventanas, que se había soltado y el viento se obcecaba en batir.

Me he acordado del viento de nuestros valles, ese que hace volar tan alto las cometas.

Luego he pensado en Iqbal.

He abierto los ojos, he percibido la luz gris y mortecina que inundaba mi cuarto, un retazo del colorido fular de seda india que pende de la agrietada pared junto a la cama, la silueta de la vieja cómoda de madera sin barnizar donde guardo mis cosas, y no he reconocido nada.

Por un momento, me he desorientado, como suele sucederme, y me he preguntado: «¿Dónde estoy?».

Ya ves, han pasado diez años y aún me ocurre.

Me he levantado somnolienta y torpe, he buscado la bata sin éxito, pues se había escondido en el armario para fastidiarme, y las zapatillas que, como siempre, se habían perdido debajo de la cama. Me he puesto a dar saltitos descalza por las heladas baldosas del suelo y no he conseguido encontrarlas.

Soy un desastre cuando madrugo, me sigue dando tanta pereza como antes, ¿te acuerdas?

Estaba atontada, aturdida.

Al igual que hace años, he oído la voz de la patrona, la mujer de Hussain Khan, gritando: «¡Arriba! ¡A levantarse, vagos!». Y el olor del pan chapati y del *dahi* del desayuno han invadido la habitación.

Me he sentado en el suelo de tierra batida con las piernas cruzadas, pues me habían enseñado que ese era mi lugar, mientras esperaba rabiosa e impaciente a que dejaran en el suelo los enormes cuencos comunes de comida, por la que tendría que pelearme con todos los demás. Éramos muchos niños, demasiados, en aquella fábrica de alfombras de Hussain Khan en Lahore.

Nunca había suficiente comida para todos, y lo primero que teníamos que aprender de pequeños era a arrebatarse hasta las últimas migajas a los que eran mayores y más fuertes.

Tenía hambre, sentía punzadas en el estómago. Tenía hambre y sabía que no me darían nada más en todo el día. Comía deprisa, con la boca llena, cogía toda la comida que podía con una mano y, con la otra, me protegía de los ataques de los que estaban a mi lado porque en cualquier momento la patrona gritaría: «¡Ya está bien! ¡A trabajar, a trabajar!». ¡Ay de nosotros si no obedecíamos! Apenas nos daba tiempo a ir al asqueroso retrete turco que estaba detrás de una cortina hecha jirones.

Me he puesto de pie para ponerme a la cola.

Los telares ya están en marcha; oímos cómo retumban sin parar, tump, tump, tump, y no pararán hasta que se haga de noche; repiquetearán hasta que se ponga el sol y, aunque acaban de arrancar, el aire ya es irrespirable: el polvo y las hilazas de lana y de algodón se meten en los pulmones; va haciendo más calor según avanza el día.

Los telares ya funcionan a todo gas y aún tengo que ir al servicio. No sé qué pasa hoy, se me está haciendo tarde, tengo que espabilar, tengo que darme prisa.

Aún no he empezado a trabajar y ya me duelen los brazos y la espalda, no podré seguir el ritmo, me confundiré, estropearé la alfombra y el dueño me castigará.

Tengo miedo.
Fátima.
Despierta, Fátima.
Me desperté de golpe de una especie de sueño.
No estaba en la fábrica de alfombras de Lahore, en Pakistán.
No era una esclava. Hussain Khan ya no podía hacerme daño.

Estaba en casa, en Italia.
Estaba a salvo.
Me levanté del suelo frío.
Tenía las piernas adormecidas y el trasero congelado.
Encontré la bata y las traviesas zapatillas.
Afortunadamente, no tengo que hacer pis detrás de una cortina roñosa: tengo un cuarto de baño para mí sola, muy pequeño, pero cómodo.

Reconocí mis cosas: el cepillo, el peine, el lápiz de ojos, el paquete de alheña.

Y, para desayunar, no hay puré de lentejas, sino té, tostadas y mermelada (me he acordado de comprarla).

Luego he pensado: «Hoy es 16 de abril».

El 16 de abril siempre estoy desorientada y aturdida.

Los demás días también me puede pasar, pero solo a veces.

El 16 de abril me pasa siempre.

Y creo que a ti también, María, hermana.

El 16 de abril, mi mente regresa a Lahore, como si aún fuera una niña. Regresa a la fábrica donde nos encadenaron durante tantos años: a ti, a mí y a todos los demás.

Vuelvo a percibir los olores, los sonidos, la presión de la cadena en el tobillo, el miedo.

Y luego vuelvo a oír el sonido de los disparos, pum, pum, pum, como esta contraventana que el viento bate obstinadamente en una ciudad extranjera que me acoge desde hace diez años.

Cada 16 de abril intento imaginarme cómo sería Iqbal ahora si no lo hubieran asesinado, como sería su vida (y la nuestra)

si aquel día de 1995 aquellos disparos le hubieran perdonado la vida.

Han pasado diez años, ya sería un hombre.

Alto, muy delgado.

Bueno, alto tal vez no.

Siempre fue menudo, pero con los años habría crecido.

¿Tú qué crees?

¿Sería un chico torpe y desgarbado, como antes? ¿O se habría convertido en un gallito seguro de sí mismo? A saber.

¡Lo mismo tendría bigote! ¿Te imaginas?

Cariñoso. Sería tan cariñoso como antes. De eso estoy segura.

Quizá yo no habría emigrado con mis hermanos y ahora no viviría en Italia.

Seguro que él nunca se habría ido de Pakistán; se habría quedado allí para seguir luchando y liberar a los niños esclavos.

Lo que ahora haces tú, hermana.

Los tres estaríamos juntos, seríamos muy amigos, inseparables, nadie nos detendría.

Quizá...

Ya lo sé, esto no sirve de nada, solo me hago daño.

Me he vestido.

Me he puesto unos zapatos robustos, de lluvia.

Me he cubierto la melena con el velo. En Italia no lo llevo nunca, para evitar miradas estúpidas. Pero hoy que miren, que digan algo incluso.

He cogido la cometa de encima del armario, donde se queda todo el año.

Le he quitado el polvo y he arreglado una cinta roja que se había roto.

La he metido en un bolso grande, uno que uso para ir al gimnasio en el vano intento de perder los dos kilos que me sobran.

Cielo oscuro, ráfagas de viento, el pitido de las bocinas enloquecidas en un atasco.

Abril debería ser un mes apacible y meditabundo.

He estado media hora esperando el autobús.

La multitud, los paraguas empapados, los rostros malhumorados...

Me empujaban de un lado a otro.

Se ha hecho eterno.

Al bajar, he pisado los charcos, he caminado un rato por la calle y he llegado al Parque Iqbal.

No tiene nada de especial: es un pequeño parque de la periferia encajado entre las viviendas. Hay canastas para jugar al baloncesto, cuatro bancos donde los chavales han grabado de todo con sus navajitas, unas briznas de hierba y unos cuantos gatos.

Me gusta.

Hoy, por supuesto, no hay un alma.

Le pusieron el nombre de Iqbal hace muchos años.

Me temo que hoy nadie sabe por qué.

He sacado la cometa del bolso, he devanado la maraña de hilo, la he extendido y me he puesto a correr por la tierra mojada para que se levantara y volase a pesar del viento y de la lluvia, a pesar del dolor y de la soledad.

La cometa se ha desplomado en el suelo.

La he limpiado lo mejor que he podido, no sabía qué hacer, y después la he colgado en la rama de un árbol, donde se ha quedado balanceándose con sus cintas de colores.

Me he quedado de pie bajo la lluvia mirando la cometa y pensando en Iqbal.

Me he echado a llorar.

Después he pensado en algo muy feo.

He pensado que tal vez no valía la pena morir de esa forma.

¿Por qué murió Iqbal?

Perdóname, María, amiga, hermana.

Soy una blanda y una estúpida.

No debería decir eso.

Tú estás en Pakistán y sigues luchando, ni siquiera sé dónde estás ahora mismo, en qué parte del país, pero sí que te juegas la piel a diario para defender los derechos de nuestros niños y de nuestras chicas.

Esta mañana tú también has pensado en Iqbal y has volado la cometa. Lo hacemos todos los años desde hace una década. Es nuestro vínculo.

Espero que tu cometa sí que haya volado muy alto.

Sé que la vida allí es difícil.

Aquí también lo es, pero de otra manera.

Ya me he hecho a este sitio, hablo italiano bastante bien, por fin tengo una casa, tengo un trabajo que no es ni bueno ni malo, pero que es un trabajo; he tenido muchos antes.

Los italianos tampoco son ni buenos ni malos. Son... como son.

La vida aquí también es complicada, y me da pereza explicarte por qué.

A menudo tengo la sensación de que no vale la pena.

Pero tal vez solo se deba a la tristeza que provoca la distancia, al día que es hoy, repleto de recuerdos y de dolor.

Unos recuerdos que nos perseguirán toda la vida, María.

Puede que se difuminen con el tiempo, puede que su silueta se vuelva menos nítida y definida, pero siempre estarán ahí.

Sandrone dice que no puedo seguir viviendo en el recuerdo.

Sí, Sandrone es ese chico italiano que trabaja para una ONG; me ayudó mucho cuando llegué a Italia y también ayudó a mis hermanos. Sí, ese con el que quedo a veces y tú dices que es mi novio, algo que para nada es verdad.

Para nada.

Solo es un amigo.

Te lo digo así de claro.

No, no es que no confíe en ti.

No empieces a protestar.

Sabes que siempre te lo cuento todo.

También me ha dicho una cosa que hoy he vuelto a recordar, que recuerdo en cada aniversario.

Me ha dicho: «No te olvides de esas cosas, Fátima. Conviértelas en fuerza».

Hoy he vuelto a casa empapada y triste. Estaba helada y solo tenía ganas de llorar.

Entonces pensé en esas palabras.

Tiene razón.

Convirtamos nuestros recuerdos en fuerza.

Es la única forma de que Iqbal no se sacrificara en vano.

Como no sé en qué parte de Pakistán te encuentras ahora y dónde estarás los próximos días, te envío esta carta por correo electrónico; quiero que lo leas enseguida, aunque me hubiera gustado coger lápiz y papel para esta carta especial y, junto con estas palabras, mandarte mis lágrimas.

Un abrazo,
Fátima